

Con qué satisfacción he contemplado
su docta tarabilla, y el despejo
de su lenguaje culto y afinado.

¡Qué filis, qué soltura, qué gracejo!
¡qué parla tan divina! ¡y con qué gracia
quita á los miserables el pellejo!

Bien puedes tú curar con eficacia
del afligido enfermo la dolencia,
vencida del dolor la pertinacia;

Pero como no adules, ten paciencia,
que aunque logres hacer divinidades,
será el oprobrio fruto de tu ciencia.

Estudia pues mis clásicas verdades,
habla á diestro y siniestro, y de continuo,
atesta tu oracion de autoridades;

Del rico apoya pronto un desatino,
y en su favor alega sin recelo
la autoridad de Herodes y Calvino.

Tu voz como un oráculo del cielo
será ya de la gente recibida,
sin otro afan, cuidado ni desvelo;

Y la opinion creciendo sin medida
te llegarás á ver sin saber como,
árbitro de la muerte y de la vida,
autorizado y grave como el plomo.

*Anécdota de la arrogancia de un negro, Rey de la
costa de Africa.*

Señor editor: En el papel periódico titulado Magasin
Europeo, correspondiente al mes de junio de 1789, se ha-
lla el siguiente párrafo de una carta que un negro, Empera-
dor de un gran distrito de la costa de Africa, llamado Du-
homer, escribió al Rey de Inglaterra Jorge I, y que en el
mismo año de 89 leyó Mr. Henniker en pleno parlamento.
Dice así:

